



**CLAUSURA DE LA CONVENCION DE LA UMP**

**Asamblea Nacional de Francia, 20 de septiembre de 2011**

Hoy nos convoca un debate sobre la defensa. Creo que hablar en profundidad, con rigor y visión -como se ha hecho hoy- sobre la seguridad y la defensa es un ejercicio de responsabilidad democrática.

Las sociedades libres y abiertas no pueden sobrevivir si no existe voluntad de defenderse. Esa voluntad nace de una reflexión realista y con debate político serio sobre el entorno de seguridad en cada circunstancia histórica. Y, sin embargo, muchas veces se escamotea esta reflexión por comodidad o por esa moda intelectual -tan nefasta en mi opinión- del buenismo, que en este asunto consiste en negar la existencia de amenazas y riesgos.

Sabemos que no es así. Vivimos en un mundo en el que, si bien no hay una alternativa coherente al modelo de democracia liberal, sí existen riesgos y amenazas y enemigos que quieren acabar con las sociedades abiertas.

Han pasado diez años desde los brutales ataques del 11 de septiembre. Ha habido, sin duda, avances en la lucha contra el terrorismo, pero seríamos ingenuamente irresponsables si pensáramos que la amenaza ha desaparecido.

Estamos asistiendo a cambios de una gran profundidad. Vivimos en un mundo en el que aparecen muchas oportunidades y esperanzas. Pero también es un mundo donde la libertad tiene enemigos, donde la seguridad y la estabilidad están amenazadas. Donde el futuro de la libertad depende, como siempre, de la claridad, determinación e inteligencia para hacer frente a quienes quieren acabar con ella.

Y esas amenazas vienen no sólo de algunos estados que aúnan la opresión interna con la amenaza a la seguridad de los demás. Hay nuevos actores no estatales que ponen en jaque nuestra seguridad y hay que hacer frente a esa amenaza asimétrica.

Es preciso defender los valores que compartimos los países democráticos y los legítimos intereses de nuestras naciones si queremos que tengan futuro. Y es preciso

hacerlo sin complejos, con la determinación que nace de un análisis riguroso de las amenazas y peligros, con la fortaleza de saber la justicia de nuestro empeño.

Los políticos responsables deben transmitir a la sociedad la realidad del entorno estratégico y lo que está en juego. La defensa exige claridad en nuestro juicio, responsabilidad en nuestra acción y determinación para hacerla posible en los momentos difíciles.

Francia siempre ha sabido hacer de la defensa una virtud cívica. Y, bajo el liderazgo del presidente Sarkozy, ha tenido la inteligencia de asumir decisiones que actualizan esa honrosa tradición a los retos y desafíos del mundo de hoy.

Soy un atlantista convencido. Creo que la Alianza Atlántica ha sido el pilar fundamental de la defensa de Europa y de todo el mundo libre durante décadas. Su éxito permitió la reunificación de Europa en libertad. Por eso creo que el retorno de Francia a la estructura militar ha sido un paso acertado, valiente y necesario.

Hoy debemos reforzar la Alianza Atlántica para que siga siendo un instrumento eficaz ante los nuevos desafíos a nuestra seguridad. Y eso debe hacerse sin renunciar a la soberanía de las naciones, con pleno respeto a las sensibilidades e intereses de cada aliado. Pero con la solidez de un mismo compromiso leal en la defensa colectiva.

La contribución de una nación como Francia, con sus capacidades y medios, es indispensable para la seguridad de todos los aliados.

Ser un atlantista convencido tiene una dimensión inseparable, la otra cara de la misma moneda. Significa querer y trabajar por una Europa más fuerte y unida que asuma mayores responsabilidades en la seguridad y la defensa. Es una condición lógica y necesaria si queremos ser fieles a nuestros compromisos. Es también el camino para que Europa tenga una presencia más importante en la escena internacional. La defensa es la base de una diplomacia creíble.

Vivimos tiempos de crisis económica y financiera. Nuestra seguridad exige poner en orden nuestras cuentas públicas y hacer reformas estructurales que permitan a Europa crecer con vigor y estabilidad. Tenemos que salvar el euro para que la moneda común sea un baluarte de estabilidad y un trampolín para el crecimiento robusto. Pero pensemos también que sin fortaleza económica seremos más débiles y por ello más vulnerables.

La austeridad presupuestaria es una medida necesaria y justa. Pero es una medida que puede hacerse sin socavar las obligaciones esenciales que tienen los estados en materia de seguridad y defensa. El camino lo ha marcado el acuerdo de defensa entre dos viejos aliados, Francia y el Reino Unido. Creo que ha sido una excelente noticia para el futuro de la cooperación europea, ese pilar de la Alianza Atlántica que necesita ser más fuerte.

La austeridad nos demanda responsabilidad y altura de miras. Las dos únicas potencias nucleares de Europa han hecho bien en dar ese paso. Espero que otros aliados y socios europeos puedan aportar a ese esfuerzo inteligente para mejorar la capacidad operativa de nuestros ejércitos.

El éxito de la operación en Libia muestra cómo puede ser la actuación futura. Pero haríamos mal en confiarnos por el éxito conseguido. El éxito en cuestiones de seguridad debe ser sólo un acicate para continuar mejorando nuestra visión estratégica. Las crisis del futuro siempre desafiarán nuestra capacidad de previsión.

Creo por ello imprescindible mejorar nuestra capacidad para establecer visiones estratégicas, dentro de Europa y de la Alianza Atlántica, sin duplicidades inútiles que no podemos permitirnos por un elemental sentido de eficacia y también de lealtad. Debemos definir bien los retos a los que nos enfrentamos, marcar los objetivos claros, establecer estrategias realistas y proveer los medios y los procedimientos necesarios para garantizar nuestra defensa y seguridad. No hay ninguna nación democrática que pueda hacerlo por su cuenta hoy en día.

Pensemos en los escenarios de inestabilidad que demandan una respuesta estratégica. En nuestro vecindario más cercano, el norte de África y Oriente Medio, las oportunidades y la esperanzas vienen acompañadas también de riesgos e inestabilidad. La operación en Libia ha culminado una etapa pero seríamos ingenuos si pensáramos que nuestra seguridad y nuestros intereses en la región están garantizados. El potencial destabilizador de las acciones del régimen de Basher el Assad en Siria no puede minusvalorarse. Irán sigue adelante con su amenazador programa nuclear. Las fuerzas yihadistas intentarán aprovechar los cambios profundos a los que estamos asistiendo para avanzar sus planes globales.

Todo ello nos exige no dormirnos en los laureles y estar preparados para defender nuestra seguridad y nuestro sistema de libertades.

Afganistán seguirá demandando nuestra atención. Los peligros del terrorismo, de la proliferación de armas de destrucción masiva y de misiles balísticos en manos de actores hostiles están ahí. Tendremos que hacerlos frente con inteligencia y renovar nuestra alianza y nuestra cooperación.

Este panorama estratégico nos demanda también fortalecer nuestra alianza con los Estados Unidos. Me parece que Europa puede hacer una contribución decisiva a la seguridad compartida si prestamos atención estratégica a dos grandes áreas. Una de ellas ya la he mencionado. Es el gran espacio de África del Norte y Oriente Medio. Su evolución nos ocupará durante mucho tiempo.

El otro gran escenario es el espacio que está al este de la Unión Europea. Creo que es preciso desarrollar una relación de cooperación y confianza con Rusia, pero al tiempo exigir respeto a las normas internacionales y la integridad y seguridad de todos los países soberanos que la rodean.

Ante este panorama, donde la libertad en todo el mundo se enfrenta a retos enormes, me parece imprescindible ampliar la visión de nuestros potenciales socios y aliados. Lo hemos visto en Afganistán. Pero creo nuestra visión de seguridad debe ampliarse y consolidarse con otras democracias, porque las amenazas son globales y exigen una respuesta global.

Fortalecer los vínculos de la Alianza Atlántica con democracias como Japón, Australia o India me parece que puede ser mutuamente beneficioso y que avanzará la causa de la seguridad global. Lo mismo puede decirse de países americanos, como Colombia o México, que han sufrido y sufren el del desafío del crimen organizado y de los narcoterroristas. África, una región que conoce bien Francia, aparece como una región cada vez más crucial para nuestra seguridad. Lo mismo ocurre con las vías marítimas por donde transcurren suministros esenciales para nuestras naciones.

Necesitamos pensar nuestros intereses de seguridad de forma global. Y tenemos que ser capaces de actuar de forma eficaz y simultánea en escenarios alejados y difíciles. Estas exigencias nos deben llevar a profundizar nuestra cooperación en la Alianza Atlántica y en Europa.

Termino ya. Pero antes quiero compartir con ustedes una última reflexión. Creo que los esfuerzos en materia de seguridad y defensa necesitan renovar su base moral para que sean duraderos. Por eso es un deber de justicia y una exigencia cívica rendir homenaje constante a quienes han sacrificado su vida para defender nuestra seguridad y preservar nuestra libertad. Los desafíos a la seguridad de una sociedad sólo pueden vencerse si hay un convencimiento moral que alimenta la determinación de acabar con ellos. Por eso también, la cultura de la defensa y el debate estratégico deben fomentarse en las sociedades libres.

Me parece que esta jornada es acertada, útil y que tiene un profundo sentido cívico. Sin duda nos enfrentamos a retos grandes para nuestra seguridad. Reflexiones políticas como la que hoy tan acertadamente convoca la UMP alimentan la fortaleza política y moral que deben tener las sociedades libres para defenderse.